
La huelga universitaria. ¿Una manifestación de las culturas juveniles de fin de milenio?

Dinah María Rochín Virues

Resumen

Las siguientes líneas pretenden hacer un breve recorrido por diferentes etapas de la huelga por la que recientemente pasó la universidad, enfatizando las formas de argumentación de los jóvenes en relación con sus demandas académicas y políticas así como en el proceso de construcción de una identidad propia del movimiento estudiantil.

EL CONFLICTO en la UNAM, aún vigente, se constituye en un escenario idóneo para estudiar el comportamiento de un sector importante de jóvenes mexicanos de fin de milenio.

Son, es cierto, una elite con respecto al amplio conjunto que conforman los jóvenes que por millones pueblan el país, pero son —a la vez— una población particularmente interesante para ser estudiada en tanto que, justo por su ubicación privilegiada en la pirámide de la escolarización, sus acciones revisten una importancia particular.

Los jóvenes universitarios son un grupo en el que se deposita la expectativa social. Son, se supondría, los profesionales del futuro y por ello en quienes el imaginario social deposita el compromiso de forjar un mejor futuro. Por ello, su decisión de involucrarse en una huelga universitaria es un hecho que convulsiona a la opinión pública. Las posiciones al respecto pueden ser extremas en cuanto al apoyo o al rechazo del movimiento pero difícilmente existen personas adultas que permanezcan indiferentes respecto al movimiento estudiantil y sus acciones.

La UNAM es patrimonio indudable de los mexicanos y por muchas décadas fue el motor privilegiado de la movilidad social. En su espacio ha sido posible confrontar ideas y generar proyectos, conjuntar niveles sociales antagónicos cuya similitud radicaba en el uso cabal de la inteligencia. Lo que le sucede a la UNAM atañe a la población en su conjunto, pues de una u otra forma, la universidad está presente en la vida cotidiana de cada uno de los mexicanos.

En el ensayo que a continuación se presenta, se pretende hacer un breve recorrido por diferentes etapas del conflicto, enfatizando las formas de argumentación de los jóvenes en relación con sus demandas académicas y políticas así como en el proceso de construcción de una identidad propia del movimiento estudiantil.

El conflicto universitario finca sus raíces muchos años atrás. El sector estudiantil ha sido desde siempre un colectivo sensible a la reflexión y al cambio. Sin embargo, es obvio destacar tres momentos recientes en la historia de la lucha universitaria; el movimiento estudiantil de 1968; el movimiento del Consejo Estudiantil Universitario (CEU, 1987) y el actual conflicto, encabezado por el Consejo General de Huelga (CGH, 1999-2000).

En opinión de Carlos Imaz (1999, pp. 36-39), dirigente en su momento del CEU, los movimientos estudiantiles coinciden en su convicción de defender el derecho a la educación pública a la vez que reivindican la demanda por la democracia, aunque en distintos niveles; el de 1968 fue mayormente enfático en las libertades políticas mientras los dos últimos movimientos se han centrado en la necesidad de democratizar el ámbito universitario.

Adicionalmente es necesario reflexionar sobre dos elementos cruciales en el contexto histórico de cada uno de estos movimientos estudiantiles: el poder político y el factor económico.

Mientras que la lucha estudiantil de finales de los sesenta tiene lugar en un contexto político de absoluto control del ámbito nacional —lo que en alguna medida sirve para explicar las medidas represivas que se adoptaron para erradicar el movimiento estudiantil— por el contrario, los movimientos universitarios recientes se desarrollan en condiciones sociales que distan mucho del dominio político que prevalecía en la década de los sesenta. Ello ha sido posible gracias a un lento proceso de construcción democrática, aún endeble e inconcluso, pero que en cierta medida ha limitado el ejercicio de poder de los gobernantes.

En cuanto al factor económico, las condiciones que prevalecían a finales de los años sesenta, definían para el país un panorama muy alentador: una economía en desarrollo equiparable a países de mayor ingreso, finanzas públicas sanas sin endeudamiento con el exterior y una inflación mínima, redundaban en el incremento de los niveles de bienestar de la población. En contraste, las actuales condiciones económicas delinear un presente muy conflictivo y un futuro incierto. El monto de la deuda externa es un lastre financiero que hipoteca las posibilidades de desarrollo de casi todos los mexicanos; el problema inflacionario se ha pretendido atacar haciendo recaer sus elevados costos sobre el salario de los trabajadores; todo ello repercute en que su ingreso real es inferior al de las décadas pasadas. En consecuencia, las restricciones en la inversión pública han afectado mayormente a los renglones de salud y educación, con las dramáticas consecuencias que ello implica.

Estas circunstancias, enmarcadas en el contexto de la globalización, el libre comercio y la implementación de las políticas neoliberales impuestas por los organismos financieros internacionales, repercuten de manera brutal en la microeconomía, particularmente en las condiciones económicas de las familias de

ingresos medios y bajos, mismas que son quienes mayormente demandan la educación pública en todos sus niveles.

Es en este contexto que la lucha por una educación superior pública y gratuita, adquiere sentido para la población joven.

El modelo de universidad

Los últimos 30 años han sido testigos de un incremento importante en la demanda educativa posterior a la formación básica. Los motivos político-demográficos¹ que influyeron en este fenómeno, son complejos; pero el hecho concreto es que las universidades han debido afrontar el reto enorme de dar atención a una población demandante de grandes proporciones.

En contraposición con las voces que destacan el fenómeno de *masificación* en la educación superior, Miguel Ángel Casillas (1998, p. 13) sostiene que:

Por el número de estudiantes respecto a su población juvenil y por la cantidad de jóvenes egresados del bachillerato que no encuentran espacio para ingresar a la universidad, México tiene un reducido sistema de educación superior. Que tengamos algunas universidades gigantes, no implica que el total de estudiantes (no) sea reducido respecto a referentes internacionales básicos...

Las políticas federales en materia de financiamiento a las instituciones de educación superior hasta mediados de los ochenta, se relacionaban con el número de alumnos atendidos; sin embargo, en los últimos años y en función de la crisis económica nacional, los criterios de asignación de recursos han comenzado a modificarse.

Hablamos entonces del surgimiento de un nuevo modelo de universidad, más acorde con las restricciones presupuestales a que obliga la condición financiera del país y que impacta no sólo al sistema educativo, sino, primordial y drásticamente, sobre las posibilidades de empleo, especialmente en las poblaciones jóvenes.

El análisis que aporta Ernesto Rodríguez (1999, p. 17) sobre la relación claridad-empleo en América Latina, destaca la restricción de oportunidades educativas en función de la escolaridad alcanzada por los padres, así como que las actuales exigencias para la adquisición de un empleo obligan a los jóvenes a permanecer mayor tiempo en el sistema educativo, sin tener por ello una mejor ubicación laboral y desde luego, tampoco, una mejor remuneración. Es así que el problema del empleo juvenil se extiende a todos los niveles de la escolaridad, donde el autor reconoce tres situaciones específicas:

En relación con los jóvenes en situación de pobreza, se ha podido constatar que el principal desafío es su escasa y defectuosa *capacitación*, mientras que en relación con los

¹Véase R. Kent y R. Ramírez, "La educación superior en el umbral del siglo XXI", en P. Latapi (coord.), *Un siglo de educación en México*, FCE, México, 1997.

jóvenes pertenecientes a estratos medios, que han podido permanecer más tiempo en el sistema educativo formal, el problema principal en su intento por incorporarse al mercado de trabajo, es su falta de *experiencia*. Para los jóvenes altamente calificados, por su parte, el principal problema a encarar parece ser la elevada *selectividad* con que buscan trabajo sumada a las dificultades enfrentadas al momento de impulsar microemprendimientos productivos.

A este panorama podríamos agregarle la selectividad que también está presente entre los empleadores y que lleva a jóvenes con adecuada preparación a enfrentar situaciones de discriminación por su apariencia o por la institución educativa de procedencia.

Pasando ahora a abordar específicamente el problema de la Universidad Nacional Autónoma de México, es necesaria una muy breve revisión histórica del reciente conflicto.

Desde el diagnóstico elaborado por la rectoría a cargo del doctor Jorge Carpizo McGregor (1986), denominado "Fortaleza y Debilidad de la UNAM" quedó en evidencia que el modelo de universidad pública empezaba a ser drásticamente cuestionado. El documento citado ponía especial énfasis en enjuiciar el nivel académico de alumnos y profesores por igual; apuntaba la necesidad de fraccionar a la universidad y proponía un sistema de cuotas para ayudar al financiamiento de la institución, todo ello fundamentado en el recién adoptado concepto empresarial de "excelencia académica".

La lucha que en su momento encabezó el CEU, echó para atrás la propuesta oficial y derivó en la concreción de un Congreso Universitario que por la demora en su realización y la paulatina desintegración de la organización estudiantil y docente, distó mucho de alcanzar sus metas en torno a la reforma universitaria. Aspectos fundamentales como la gratuidad, las modificaciones al Estatuto de Personal Académico y la desaparición del Tribunal Universitario, quedaron sólo asentadas en el papel o definitivamente sin respuesta. Así se abrió un compás de espera que llegó a su fin en la primavera de 1999. Nuevamente la amenaza de aumento a las cuotas establecidas por el Reglamento General de Pagos fue el detonador para la incipiente organización estudiantil; pero en esta ocasión, las perspectivas de lucha apuntaron de inmediato al objetivo de combatir las reminiscencias autoritarias y promover la democratización interna de la universidad.

El modelo de una "excelencia" en abstracto se confrontó con el modelo de una universidad viva, conformada por estudiantes "reales": con deficiencias académicas, con limitaciones de horarios para el estudio que comparten con actividades productivas, con altos índices de reprobación y deserción, etcétera.

El criterio de calidad educativa que sustentan los estudiantes universitarios coincide más con el que sostienen F. Miranda y F. Paredes (1998), quienes plantean que la calidad educativa sólo será posible cuando forme parte sustancial del

crecimiento económico y pueda relacionarse con el bienestar colectivo y el desarrollo social del país.

Las nuevas perspectivas del movimiento estudiantil pretendieron incidir en aspectos nodales de la estructura administrativa de la universidad, cuestionaban los instrumentos jurídicos que sustentan el ejercicio del poder en la institución y exigían una participación democrática de los sectores que dan esencia a la vida universitaria: los alumnos, los profesores y los trabajadores, por encima de las elites burocráticas.

Esta movilización estudiantil, cabe señalarse, se inserta en un contexto de efervescencia social cuyos antecedentes son remotos pero que ha cobrado mayor vigencia a partir del surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, en 1994, y su reivindicación de añejas demandas sociales que han encontrado eco y sustento en las bases estudiantiles. Asimismo encuentra apoyo en movimientos de la sociedad civil y de agrupaciones políticas y sociales que se oponen al avance de las estrategias gubernamentales en materia de privatizaciones y alto control social.

El proceso organizativo

Es claro que nos encontramos frente a un movimiento estudiantil distinto de sus predecesores. Un movimiento que opta por esquemas de organización inéditos, por formas de lucha alternativas y por esquemas de representación insólitos.

La(s) consulta(s)

La consulta es una forma de participación novedosa para la cultura política en el país. Nadie, hasta hace poco, consideraba políticamente necesario consultar la opinión de los gobernados, los ciudadanos o los contemporáneos para la toma de decisiones. El movimiento estudiantil actual, en cambio, hace de esta estrategia, un instrumento de afirmación permanente.

La huelga estudiantil trae a escena una forma de acción validada a través de la participación explícita de la comunidad estudiantil expresada en el instrumento de la consulta. Esta estrategia contrastó con la postura oficial encabezada por la rectoría de la UNAM que, pese a sus posibilidades organizativas, despreció en su momento, el convocar a los universitarios a expresar su opinión en torno al aumento de cuotas, escuchándose en la muy cuestionada legitimidad de representación que cada sector tiene en el Consejo Universitario.

Resulta curioso, a la distancia, señalar que la comunidad estudiantil de finales de 1998 —previamente a los meses de efervescencia política— mostraba una abierta disposición a colaborar con el costo de sus estudios, actitud que fácilmente pudo haberse concretado en un aumento de cuotas en el caso de ser llamados a

una consulta oficial por parte de las autoridades. En contraste, la huelga universitaria, meses después, arranca con el aval de una comunidad que se manifiesta por la gratuidad de la educación pública superior, esencialmente como respuesta en contra de las decisiones autoritarias de la cúpula en el gobierno de la institución.

El pliego petitorio

El mismo día del estallamiento de la huelga, el Consejo General de Huelga da a conocer su “Manifiesto a la Nación”, de donde se desprenden los seis puntos del pliego petitorio:

1. Abrogación del Reglamento General de Pagos.
2. Derogación de las reformas al Reglamento General de Inscripciones y de Exámenes, aprobadas en 1997.
3. Anulación de las actas y sanciones contra los participantes en el movimiento y desmantelamiento de la estructura policiaca en la universidad.
4. Desvinculación de la universidad con el Ceneval.
5. Corrimiento del calendario escolar por el tiempo de duración de la huelga.
6. Un espacio resolutorio para discutir la transformación integral de la UNAM (posteriormente denominado Congreso Universitario).

Cada uno de los puntos del pliego petitorio fue ampliamente fundamentado por los estudiantes. A continuación se recogen algunas argumentaciones vertidas en documentos emitidos por el CGH y en asambleas de escuelas y facultades (particularmente de la FES Iztacala y Facultad de Ciencias).

El punto de la derogación del Reglamento General de Pagos fue siempre sustentado en el mandato constitucional que establece, en su artículo 3o., fracción 4a., la gratuidad de la educación que imparta el Estado. Asimismo se argumentó el derecho social a la educación y la importancia de defender a la universidad pública de forma tal que permitiera el acceso de todos los mexicanos sin distinción de sus condiciones económicas. El punto insistía en la abrogación del Reglamento General de Pagos—que no la derogación— haciendo referencia a los intentos previos para implementar cobros educativos que, al ser derogados, dejaban la puerta abierta a cobros posteriores.

La exigencia de derogar las reformas de 1997 se sustenta en una argumentación tanto académica como social. En cuanto a lo académico plantea que la limitación de permanencia en la UNAM, más que resolver el grave problema de la reprobación, la deserción y la terminación de estudios, los acentúa. Atendiendo a ambos factores, reconocen que las fallas en la preparación de una parte importante de la población universitaria redundarían en la expulsión de dos terceras partes de los estudiantes inscritos, quienes por sus realidades socioeconómicas se ven precisados a modificar sus ritmos de estudio. Con ello, sugieren, la

UNAM se estaría abocando a educar a unos, mientras abandona a su suerte a aquéllos cuyas oportunidades de estudio son de por sí limitadas.

En torno a la limitación en el pase automático destacan que con los criterios impuestos de promedio y tiempo de terminación de los estudios, sólo una mínima parte del estudiantado tendría la opción de cursar la carrera de su preferencia; mientras que una gran parte de la población estudiantil se vería en la condición de ser ubicada en carreras ajenas a su interés profesional, aumentando así la posibilidad de una deserción temprana.

El siguiente punto del pliego petitorio buscaba dar protección y seguridad a los participantes en el movimiento estudiantil. Debe recordarse que las autoridades universitarias desde las semanas previas a la huelga optaron por las amenazas y la represión. Los estudiantes participantes en esta lucha tuvieron que enfrentarse a sanciones académicas y a posibles sanciones administrativas y aun penales. Por ello, la demanda exigía la anulación de las medidas represivas y abogaba por la desaparición de los servicios de inteligencia policiaca al interior del campus universitario, los cuales han crecido y sofisticado sus equipos de manera notable en los últimos tiempos.

Uno de los puntos cruciales en el pliego petitorio es el referido a la demanda de desvinculación entre la UNAM y la empresa privada de evaluación denominada Centro Nacional para la Evaluación de la Educación Superior (Ceneval). Los estudiantes, documentados en las atinadas críticas del investigador universitario Hugo Aboites (1999), sustentan su exigencia en el respeto y la defensa de la autonomía universitaria para definir sus propios criterios de evaluación para ingreso a bachillerato y licenciatura, y para acreditar y certificar los conocimientos que se imparten en sus diferentes niveles educativos. Los criterios impuestos por el Ceneval en su examen de ingreso—sostienen— ignoran las particularidades de la formación previa y delimitan un solo perfil de estudiante, dejando de lado la pluralidad ideológica que subyace a la cultura y las necesidades del pueblo mexicano y de los pueblos latinoamericanos que optan por la UNAM para su formación.

Para el Ceneval el conocimiento adquiere un valor comercial regido por el criterio de la oferta y la demanda así como por las necesidades del mercado laboral, de acuerdo con los intereses del capital. Su intromisión subordina la función evaluativa de la universidad a una institución privada que prioriza los conocimientos memorísticos en menosprecio de las tareas de aplicación, producción y aprendizaje en escenarios de trabajo.

La UNAM, no puede soslayarse, ha venido reduciendo su matrícula, de manera que la implantación de un examen para estudiantes egresados del bachillerato UNAM y de la comunidad externa, se inclina a favorecer a los estudiantes externos—que proceden de sectores con mayores ingresos y consecuentemente con mayores posibilidades de formación educativa— en una proporción tres veces mayor a favor de estos últimos. En esta misma lógica la implementación de los

criterios del Ceneval repercute también en el carácter nacional de la universidad, limitando el acceso de estudiantes provenientes del interior de la república.

Otro punto del pliego petitorio se dirigía a garantizar que la formación académica no se viese afectada mayormente por el proceso de huelga. El llamado “corrimiento del semestre” planteaba la recuperación de las clases por un tiempo igual a la duración del conflicto.² El punto sugería la recuperación escolar y de trámites administrativos a fin de asegurar el retorno a la vida académica en las mejores condiciones. Más tarde, fue necesario agregar a este punto el rechazo de las actividades extramuros, cuya realización, salvo excepciones,³ estuvo plagada de irregularidades como la escasa asistencia, la sustitución de profesores, la inadecuación de las instalaciones, las modificaciones a los programas de estudio, etcétera; por lo que constituyeron un gran fraude académico y un foco permanente de confrontación entre la comunidad universitaria.

Quizás el punto nodal del pliego petitorio es el referente al espacio de discusión de la problemática de la institución, pronto denominado Congreso Universitario. La argumentación en este punto se sustenta en la necesidad de una discusión colectiva e incluyente donde se aborden asuntos relacionados con la docencia, la investigación y la difusión de la cultura, todas ellas funciones sustantivas de la universidad. Sin embargo, la propuesta de congreso desde la óptica estudiantil incluía ampliar la discusión a una temática más de fondo que implica el analizar las formas y las funciones de gobierno y administración, la legislación universitaria vigente y la relación de la universidad con la sociedad.

Se trata así, de un congreso que centra la demanda de democratización del país para trasladarla a la democratización de las formas de participación universitaria y convoca a los sectores que dan sentido al quehacer universitario: estudiantes, académicos y trabajadores para que se integren en un trabajo de construcción de la UNAM del futuro en la que prevalezca el compromiso con los más necesitados y la garantía de brindar oportunidades de educación a todos los mexicanos. En este punto, por otra parte, alerta contra las fallas del congreso de 1990 donde la desorganización de la comunidad, posibilitó el incumplimiento de los acuerdos emanados del mismo.

La representación y la desconfianza

Quizás una de las peculiaridades más significativas de este movimiento fue la decisión colectiva de rechazar la existencia de personajes a quienes se identificara como líderes del movimiento estudiantil. Para evitarlo, cada escuela en asamblea

²Nadie, pese a las declaraciones del rector Barnés, hubiese pensado que el conflicto iba a alargarse durante tantos meses.

³Entre estas excepciones deben considerarse los trabajos que los estudiantes, especialmente los del área de la salud, realizan en clínicas y hospitales, las que por su naturaleza no se vieron mayormente afectados en su continuidad.

previa, debía de acreditar a sus representantes al CGH. El número de representantes era de cinco por escuela o facultad, salvo casos especiales como la secundaria incorporada a la UNAM (Iniciación Universitaria), Universum y los estudiantes de posgrado, cuya representación era menor.

Los criterios para seleccionar a los representantes, en un principio, atendieron a valorar las capacidades de los sujetos seleccionados en cuanto al dominio de la información, la capacidad de expresión, la habilidad para argumentar, etcétera. Ello permitía que algunos estudiantes repitieran con frecuencia en su papel de representantes, con lo cual persistía en el sentir de las asambleas la suspicacia de que tales estudiantes fueran identificados como líderes en un movimiento que sustentaba la participación democrática como su máximo baluarte.

En este fenómeno debe tomarse en cuenta, lo que atinadamente señala J. A. Pérez Islas (1999, p. 7), la existencia de una constante histórica que: “...una vez pasados los momentos álgidos de los movimientos universitarios, esta política (institucional) se transformó en acciones de control, donde se detectaban a los líderes y organizaciones estudiantiles, buscando su cooptación simple y llana o, en el mejor de los casos, ofreciendo espacios para que sus inconformidades pudieran negociarse tempranamente y no cundieran hacia otros grupos o ámbitos”. Es a esta historia de cooptación a la que buscaban oponerse los estudiantes universitarios.

Por ello, el recelo hacia la identificación de líderes es un elemento importante que debe ser estudiado a profundidad. Se sustenta, aparentemente en este caso, en las “derrotas” que han sufrido los movimientos estudiantiles previos, en los cuales el control ha sido fácilmente identificable en una cúpula dominante y prácticamente inamovible en la que el resto del grupo deposita la responsabilidad de que los objetivos propuestos se logren o fracasen.

En dicho modelo, la corrupción amenaza permanentemente el ambiente y se traduce en desconfianza hacia sus propios coetáneos, la que a su vez se extiende a los adultos —generalmente académicos— que se mantienen cercanos al desarrollo del movimiento estudiantil. Las experiencias parecen sugerirles que es mejor desconfiar, sin embargo, la desconfianza perenne implica también un alto costo.

La presencia de diversas corrientes ideológicas que fincan sus espacios al interior del campus universitario fueron, asimismo, fuente de suspicacia en el fenómeno de la representación. Ello fue particularmente notorio en el caso de las corrientes “Histórica” y la “Red”, claramente asociadas al Partido de la Revolución Democrática (PRD) y por tanto a los líderes más destacados del movimiento de CEU, quienes durante el movimiento se desempeñaban en cargos estratégicos del gobierno de la ciudad de México.

Finalmente, la rotatividad en la representación a que esta desconfianza obliga, conlleva a múltiples problemas. Las diferencias en cuanto a las habilidades políticas y argumentativas de los representantes en cada evento, fue motivo de

inconformidades en las propias asambleas que les depositaban su representación; pero el problema creció y se agudizó cuando los delegados debieron entrevistarse con la representación oficial de la autoridad universitaria, donde las fallas de argumentación y la discontinuidad de los representantes se tradujo en escollos casi insalvables para el desarrollo y el éxito de las negociaciones. La rotatividad fue sin duda uno de los argumentos más reiterados por parte de las autoridades para desacreditar al movimiento estudiantil. En tanto que los criterios de selección de delegados para ese momento habían variado y se inclinaban por la inclusión de todos los participantes en la huelga, sus deficiencias para la discusión de inmediato eran utilizadas como armas para denostar y desacreditar al movimiento.

Por otra parte es necesario destacar que los medios de comunicación no aceptaron la ausencia de líderes y se abocaron a construirlos. Por las pantallas televisivas comenzaron a desfilar los estudiantes con rasgos más distintivos: rastas, cabellos pintados con los tonos de la huelga o en los colores más insólitos, cabezas a rape, rostros y desnudos cubiertos con pintura, etcétera, fueron identificados por los medios como la “presencia universitaria” en este movimiento de huelga. Una presencia muy amenazante por cierto, pues en la visión de los sectores más conservadores, tal como atinadamente señala Rossana Reguillo (1999, p. 15) “los jóvenes son peligrosos porque en sus manifestaciones gregarias crean nuevos lenguajes y a través de esos cuerpos colectivos, mediante la risa, el humor, la ironía, desacralizan y, a veces, logran abolir las estrategias coercitivas”.

En este sentido, personajes⁴ como el “Chazán” (y sus secuestrados), el “Mosh” —en sus inicios— y más tarde el “Diablo” y Mario Benítez, El “Gato”, fueron al menos en sus orígenes un producto publicitario muy efectivo para el descrédito del movimiento estudiantil.

Así, enfrentando los embates de los medios y dirimiendo sus diferencias de manera cada vez más violenta al interior del grupo, el movimiento estudiantil recorrió una serie de etapas en las que el CGH, paulatinamente fue perdiendo unidad y coherencia interna, hecho que sin duda contribuyó al fatídico desenlace.

Los actores en la lucha estudiantil

Los miles de estudiantes que en diversos momentos se integraron y participaron en este movimiento social de finales de milenio, constituyen por sí mismos una categoría de estudio en el campo de las culturas juveniles.⁵

⁴Llama la atención la generalizada utilización de sobrenombres que sustitúan casi por completo a sus nombres originales.

⁵Entendidas éstas en el sentido de M. Urteaga (inédito): “[...] el conjunto de formas de vida y valores, de comportamientos prácticos y cosmovisiones elaboradas por colectivos juveniles de una misma generación en respuesta a sus condiciones de existencia social, que son expresados mediante la creación de estilos de vida distintivos localizados fundamentalmente en los espacios intersticiales de la vida institucional”.

Por ello retomando a Reguillo (1999, p. 1), sostenemos que: “para esta problematización, el primer supuesto que se asume como punto de partida, es el de la enorme diversidad que cabe en la categoría de «jóvenes»: estudiantes, bandas, punks, milenaristas, empresarios, ravers, desempleados, sicarios, pero todos hijos de la modernidad, la crisis y el desencanto”. A estos grupos, es hoy urgente agregar los de huelguistas, antiparistas y, el más vergonzante, el de presos políticos universitarios.

La huelga universitaria es un evento que sorprendió a muchos. La decidida participación de los jóvenes universitarios en un movimiento en contra de la implantación de un sistema de cuotas que, se enfatizaba, no afectaría a ninguno de los actuales estudiantes de la UNAM, fue un hecho sorprendente para muchos adultos cuya concepción de los jóvenes los ubicaba como una derivación de la llamada “generación X” caracterizada por su desinterés social y cuyas preocupaciones fundamentales se circunscriben al presente; a pasársela bien y olvidarse de las asechanzas de un futuro incierto. Contrariamente a lo esperado por muchos, los universitarios hicieron suya la bandera de lucha del derecho a la educación para las próximas generaciones. Fuimos testigos del resurgimiento de una juventud capaz de forjar ideales y de asumir los riesgos de luchar por ellos, contrastando con las evidencias referidas por E. Rodríguez (1999, p. 21) en las que se sustenta que:

[...] una gran parte de los jóvenes latinoamericanos en la actualidad [...] sostienen que no tiene sentido estudiar porque de todas maneras no se conseguirá trabajo, dado que como se dice en diferentes contextos, en la actualidad “hasta los buenos desempleos están tomados”. Entre los sectores populares, incluso se agregan otros comentarios con la misma lógica: para qué trabajar, si en una noche se puede conseguir por otras vías lo que trabajando solo se puede conseguir en varios meses de esfuerzos (aludiendo, claro está, al despliegue de actividades delictivas).

La juventud universitaria actual aún parece creer en la importancia de la educación.

El reconocimiento como grupo

El inicio de la huelga dividió drásticamente a la comunidad universitaria entre: *huelguistas*, aquellos que activamente participaban en las tareas de lucha; *simpatizantes*, aquellos que sin una actividad de compromiso diario, expresaban su solidaridad con el movimiento estudiantil y *antiparistas*, cuya propia denominación desaprobaba el movimiento de huelga reduciéndolo a un paro ilegal y que, abiertamente manifestaban su oposición al cierre de las instalaciones.

La construcción de una identidad propia de la categoría de huelguistas hubo de transcurrir, como lo sugieren J. Soto y A. Nateras (1997, p. 13) por tres dimensiones referidas a la pertinencia y la certidumbre:

- La identidad puede dar al individuo una noción de pertenencia: un conjunto de puntos fijos de referencia.
- Le brinda una existencia, es decir, marca las fronteras de su yo: circunscribe su unidad y cohesión. Marca los límites y el borde con aquello que puede considerarse como no identificable o ajeno.
- La identidad proporciona la posibilidad de relacionarse con algún otro, real o imaginario.

El reconocimiento de los huelguistas como grupo fue un proceso paulatino construido a través de largas horas de convivencia y discusión para encontrar los elementos de unión y, a la vez, de los elementos de diferenciación con los otros. La alteridad se alzó como una barrera que en ocasiones llegó al punto de expulsar de sus filas a compañeros que no mostraban el mismo grado de interés o de participación comprometida.

En el caso de la FES Iztacala, que es la sede de la cual se dispone de mayores elementos de juicio construidos a lo largo de muchas horas de conversación y convivencia con los huelguistas, el proceso de identificación asumió características interesantes.

Era curioso encontrar en el interior del plantel —al cual obviamente no tenían acceso la mayoría de estudiantes sino sólo los huelguistas y algunos académicos— anuncios que convocaban a reuniones de análisis del movimiento, pero también, invitaciones a participar en talleres diversos de orden recreativo y/o cultural, destinados prácticamente al autoconsumo. Por su parte, la distribución de tareas conformó subgrupos que fueron adquiriendo características particulares y posturas compartidas.

La apropiación del espacio

A consecuencia de la huelga, la dinámica cotidiana de la mayoría de los participantes se alteró drásticamente. Fue necesario cuidar de las instalaciones de tiempo completo y ello implicaba, para muchos, el abandono de la casa familiar para habitar de forma permanente en las instalaciones escolares. Llama la atención que, si bien en un porcentaje menor, las mujeres estuvieron siempre presentes en el movimiento de huelga, no obstante la inconformidad o la preocupación familiar que, según sus testimonios, frecuentemente acompañaba su decisión.

La apropiación del espacio es un proceso complejo que implica adquirir un sentido de pertenencia hacia el territorio físico y simbólico. Exigió, no únicamente por temor a las represalias, el asumir el cuidado y la protección de los bienes

universitarios como propios. En este sentido las guardias que custodiaban los accesos al plantel eran particularmente cuidadosas —y aun molestas— en la tarea de revisar a los visitantes tanto en su ingreso como en su salida del plantel; las tiendas de campaña que como hongos de colores proliferaron en los jardines en el principio de la huelga para dar protección a los huelguistas, meses más tarde fueron abandonadas y paulatinamente los huelguistas se fueron apropiando de los espacios destinados a las aulas. Sus escasos enseres fueron dándole individualidad y pertenencia a los salones vacíos.

El comportamiento de la inmensa mayoría de los estudiantes en huelga fue de excepcional respeto hacia el patrimonio universitario. El hurto, cuando lo hubo, puede considerarse una excepción y un comportamiento individual que no desmerece en nada la actuación colectiva. Las tareas necesarias para el mantenimiento de las instalaciones y la continuidad del movimiento fueron asumidas con responsabilidad: labores extenuantes como el barrer grandes espacios abiertos y cortar el césped, fueron realizadas con regularidad, mientras que la propia convivencia exigía de ellos la elaboración diaria de los alimentos para ofrecer a los compañeros y el aseo permanente de los sanitarios, los dormitorios y las áreas comunes.

La calle como espacio solidario

Si bien resultaba sorprendente para algunos de nosotros, acostumbrados a las estrategias típicas de difusión, que el establecimiento de nexos con la comunidad adyacente a la FES-I fuera limitado, la solidaridad social hacia la huelga en sus primeras semanas, fue notoria en cuanto al abastecimiento de víveres, de enseres domésticos, materiales de papelería y fotocopiado, etcétera.

El movimiento estudiantil de 1999 tiene como aliada natural a una sociedad muy sensibilizada por la crisis interminable y los múltiples atentados a su confianza, instrumentados desde las instituciones de gobierno. No es de extrañar por tanto que las marchas convocadas repetidamente por el Consejo General de Huelga sean multitudinarias y que a su paso por las calles recibieran el apoyo solidario de miles de ciudadanos que, expresivamente, les manifestaban su simpatía. El recorrido de los entusiastas jóvenes que en la mayor parte de las marchas sorprende por su disciplina, a la vez sirve para catalizar el enojo de miles de mexicanos, frustrados en su cotidianidad y en sus esperanzas de progreso.

En contraparte, el contingente estudiantil recibía también la inconformidad de automovilistas y comerciantes que veían alteradas sus rutinas con la manifestación universitaria. Desde luego fueron éstos quienes se constituyeron en el foco de atención de los medios impresos y electrónicos que disientían de las demandas juveniles. Sin embargo, no obstante el intenso trabajo sobre la opinión pública para desacreditar el movimiento universitario, la presencia en las marchas y el apoyo social, poco disminuyó a lo largo de los muchos meses de huelga.

La calle es una convocatoria abierta que logra reunir multitudes que, por diversas razones, no tienen una participación cotidiana en el sostenimiento de la huelga. Allí confluyeron la alegría juvenil y una sociedad solidaria que adquiere diversos nombres: padres de familia, agrupaciones académicas, estudiantes de otras instituciones de educación media y superior, grupos indígenas, activistas políticos y sindicales, agrupaciones de colonos, etcétera.

Es importante reiterar que la mayoría de las manifestaciones estudiantiles estuvieron caracterizadas por el orden, con mínimos detalles de provocación que las más de las veces procedieron de personas ajenas al movimiento. Comentario aparte merecen las extrañas convocatorias para manifestarse en el Periférico y frente a la Embajada de Estados Unidos, donde las circunstancias de su realización eran excepcionales y suscitaron, también, sorprendentes acciones del gobierno capitalino, las que sirvieron para ahondar las diferencias y los cuestionamientos al partido gobernante en la capital de la República.

Un problema derivado de este apoyo social excepcional es que frecuentemente fue interpretado por los estudiantes en huelga, no como fuerza política del movimiento sino como un indicador —en mi opinión, erróneo— de una aprobación social incondicional hacia estrategias de lucha que el movimiento adoptaba. La trillada consigna “somos un chingo y seremos más” se convertía así en una expectativa del crecimiento y consolidación del movimiento que se confrontaba dolorosamente con el progresivo abandono de las guardias en cada escuela.

El desenlace brutal

A partir de la renuncia del doctor Francisco Barnés de Castro y su sustitución precipitada por el doctor Juan Ramón de la Fuente —miembro hasta ese momento del gabinete presidencial— el curso de los acontecimientos viró de manera abrupta. De la Fuente, identificado como un político hábil en la negociación, cambió de estrategia y enfrentó directamente al CGH. Paralelamente convocó escuela por escuela a manifestarse y ofreció elaborar una propuesta tomando en cuenta la diversidad de opiniones prevalecientes.

La comunidad universitaria contraria a la huelga y la opinión pública, en general, dio inmediato acuse de recibo del cambio de estilo. La propuesta de solución elaborada por la rectoría —que no la solución al conflicto— fue recibida entusiastamente por una comunidad estudiantil y docente agobiada por la interrupción tan prolongada de la vida universitaria y la respuesta no se hizo esperar. La convocatoria a un plebiscito fue ampliamente aplaudida por grupos de académicos, intelectuales, empresarios y aun políticos contrarios tradicionalmente a las propuestas gubernamentales.

Las condiciones de agotamiento imperantes entre los estudiantes en huelga mellaron sus posibilidades de reacción. La consulta, implementada por el CGH en

los días previos a la votación oficial, encaminada a servir de contrapeso a la propuesta del rector, fue desorganizada y defectuosa, a más de no obtener casi ningún reflector en los medios de comunicación que la hicieran del conocimiento público.

La consulta institucional —orquestada dicen algunos, o al menos decididamente apoyada desde las más altas esferas políticas— sorprendió a los mismos organizadores. La comunidad universitaria desgastada y herida por el conflicto y la ausencia de opciones de solución, acudió a las urnas —más que a validar la propuesta de la rectoría que había sido escasamente difundida y definitivamente, nunca analizada— a emitir el voto del miedo, construido a partir de un rumor generalizado sobre el posible cierre de la universidad. Con su voto se aferraban al único recurso a su alcance para dar un giro a la inmovilidad (¡dramático contrastido!) que para esas alturas caracterizaba al movimiento estudiantil.

Los acontecimientos después del plebiscito del 20 de enero se suscitaron con rapidez.

El CGH llamó a cerrar filas y convocó a nuevas movilizaciones.

La rectoría fijó un ultimátum sustentado en el aval de 180,000 universitarios que acudieron al plebiscito; la autoridad presentó sus cifras triunfantes sin tener al menos el decoro de descontar en los datos a quienes se habían manifestado en contra de su propuesta.

La semana del 30 de enero al 5 de febrero estuvo plagada de confrontaciones y violencia. Baste con citar un ejemplo cercano: El lunes 31 las inmediaciones de la FES Iztacala, se colmaron de gente extraña que, más tarde se sabría, pertenecía al agrupamiento de “Protección a la Comunidad”. La afluencia de estudiantes inconformes con la huelga era sorprendente. Habían abandonado la comodidad de la apatía y parecían propensos a responder ante cualquier provocación. La inmediata movilidad de académicos y estudiantes que denunciaron el clima de confrontación y, justo es reconocerlo, la prudente actitud que al fin prevaleció entre los estudiantes de ambos bandos, evitó la instauración de la violencia. El modelo corregido y afinado sin duda por manos criminales, se repitió al día siguiente en las instalaciones de la Preparatoria núm. 3. El ímpetu juvenil desbordó los límites de la cordura y sobrevino un enfrentamiento con características tribales del que todos fuimos testigos desde la comodidad de la pantalla del televisor. La violencia del Estado reclamó su lugar y un sinnúmero de estudiantes fue arrestado y trasladado de inmediato a la prisión preventiva.

El viernes 4 de febrero, extrañamente el CGH aceptó la “invitación” de la rectoría a dialogar a puerta cerrada. Las autoridades universitarias decidieron convalidar su postura con la vergonzante presencia de los titulares de las Comisiones de Derechos Humanos, nacional y local. La disyuntiva, ha trascendido, era categórica: instalaciones a cambio de los detenidos. El diálogo se interrumpió sin acuerdo alguno.

La madrugada del domingo 6, cuidando mínimamente la formalidad de no empañar la conmemoración del aniversario de la Constitución mexicana, botas militares disfrazadas de cuerpo policiaco de elite, irrumpieron en Ciudad Universitaria; violando su autonomía detuvieron a todos los asistentes a la plenaria del Consejo General de Huelga y marcaron –al menos en su intención– el punto final del movimiento estudiantil.

La sucia cara de la injusticia nacional, desde ese momento, se hizo evidente; los cargos originalmente imputados a los huelguistas son ridículos por su desproporción, la “benevolencia” judicial se fue otorgando a cuentagotas con el único criterio del arbitrio personal de los jueces. A 10 meses del inicio del conflicto, un número indeterminado de estudiantes a los que, sin duda hubo de reconocérseles el estatus de presos y presas políticas, permanecían encarcelados; tras la presión social y las acciones decididas de los padres de familia de los estudiantes, que no declinaron en ningún momento, finalmente todos los involucrados en el movimiento estudiantil fueron liberados.

Por otra parte, los antiguos huelguistas, una vez abiertas las escuelas debieron iniciar el trabajo de la reorganización y el diseño de nuevas formas de lucha en torno a su pliego petitorio nunca atendido. La comunidad estudiantil por su lado, retornaba feliz a las aulas universitarias, poco a poco la normalidad de las clases se convertía en rutina y las discusiones, necesarísimas, comenzaron a extinguirse.

A manera de conclusión

La diaria convivencia entre los estudiantes en huelga de la FES Iztacala y un reducido grupo de académicos –mayormente de la carrera de psicología– nos permitió conocer de cerca las motivaciones de un puñado de jóvenes, en su mayoría provenientes de la clase trabajadora del campo y la ciudad, cuyas aspiraciones de formación universitaria para ellos y sus familias, se vieron gravemente amenazadas, lo que coadyuvó en su decisión de integrarse al movimiento estudiantil.

A través del acompañamiento de sus vivencias y tropiezos a lo largo de la huelga, de sus ejercicios de autocrítica y sus análisis sobre los factores políticos externos que impactaron al movimiento, etcétera, es factible arribar algunos señalamientos:

- El movimiento de huelga de 1999 es un claro ejemplo de cultura juvenil de final de milenio. Fue impulsada y sostenida por miles de jóvenes con un claro compromiso social en la defensa de la educación pública y popular.
- No obstante, la huelga universitaria es también un evento inserto en un fenómeno político más amplio, relacionado con el final de la era priísta y una creciente tendencia por la democratización del país.

- El movimiento universitario se sustentó mucho más en la emocionalidad y la rebeldía juvenil que en sólidos argumentos de teoría política.
- Diversas corrientes partidistas infiltradas al interior del Consejo General de Huelga jugaron un papel fundamental en la polarización y la posterior ruptura interna del movimiento de lucha.
- La duración del conflicto erosionó gravemente la organización estudiantil que no estaba preparada para una lucha de tal magnitud. La prolongación del conflicto, inicialmente con la aparente anuencia de las autoridades, se tornó a lo largo de los meses en una trampa que ni autoridades ni estudiantes lograron resolver. Sin embargo, los costos fueron diferenciales. Mientras que la postura oficial se consolidaba con el paso del tiempo, para el sector estudiantil, cada día de huelga significaba un desgaste moral al interior del movimiento y un elemento para la crítica social alentada desde los medios de comunicación.
- La comunidad universitaria inicia apenas un trabajo de reconstrucción que permita restaurar la confianza y la posibilidad de organización frente a la problemática que afecta gravemente a la institución de educación superior más importante del país.
- La violencia del Estado se impuso una vez más. Sin embargo, hay que destacar sus nuevos rostros y el escrupuloso cuidado para ganarse a la opinión pública como aval de sus acciones represivas.

En suma, es cierto que el movimiento estudiantil ha sufrido un certero golpe pero sería equívoco pensar que la organización juvenil ha sido destruida. El trabajo de reconciliación entre la comunidad, eventualmente permitirá la reagrupación en torno a objetivos comunes y prioritarios.

Las enseñanzas que derivan del movimiento son muchas y muy importantes para acceder al proceso de construcción identitaria entre los jóvenes universitarios, participantes o no de la huelga estudiantil.

Es urgente continuar con un trabajo de investigación que permita recuperar las voces de los diferentes actores en este suceso histórico y trabajarlas a partir de sus propias subjetividades y representaciones simbólicas. Ello permitirá que, junto con nuevos investigadores y lectores interesados, sigamos profundizando en el análisis y la discusión de un fenómeno que, sin duda, enriquece las culturas juveniles de nuestros días.

Bibliografía

- ABOITES, Hugo, *Por qué desvincular a la UNAM del Ceneval*, mecanograma inédito, México, 1999.
- ABOITES, Hugo, *La herencia de Mr. Conant en México*, ponencia al Foro-Debate “La Educación Gratuita y Laica”, Congreso del Estado de Querétaro, noviembre de 1999.
- CASILLAS, M.A., *Notas sobre la socialización en la universidad*, en *Revista Jóvenes*, cuarta época, año 2, núm. 7, México, D.F., abril-diciembre de 1998.

- IMAZ, C., "El 68, el CEU, el CGH", *Proceso*, edición especial, núm. 5. *La huelga sin fin*, diciembre de 1999.
- KENT, R. y R. Ramírez, "La educación superior en el umbral del siglo XXI", en P. Latapí (coord.), *Un siglo de educación en México*, FCE, 1997.
- MARTÍNEZ, C., "Introducción al trabajo cualitativo en investigación", en I. Szasz y S. Lemus, *Para comprender la subjetividad*, El Colegio de México, México, 1996.
- MIRANDA, F. y F. Paredes, *Enfoques teóricos en economía y sociología de la educación. Exposición, crítica y propuestas de Acción*, UPD, México, 1998.
- PÉREZ ISLAS, J.A., *Visiones y versiones (jóvenes, instituciones y políticas de juventud)*, artículo inédito, México, s/f.
- REGUILLO, Rossana, *Las culturas juveniles: un campo de estudio. Breve agenda para la discusión*, ITESO, Guadalajara, México, 1999.
- , *Podere sedentarios, narrativas itinerantes. Notas sobre políticas de identidad*, ITTESO, Guadalajara, México, 1999b.
- RODRÍGUEZ, E., *La compleja transición entre la escuela y el trabajo: determinantes estructurales de las oportunidades de integración social de los jóvenes en América Latina*, CIEJUV-Causa Joven-SEP, México, 1999.
- URTEAGA, Maritza, *Identidad, cultura y afectividad en los jóvenes punks mexicanos*, artículo inédito, México, s/f.